

Cuaresma 2017

DELEGACIÓN DIOCESANA
DE PASTORAL DE ENFERMOS
Y MAYORES

Vía Crucis 2017

INTRODUCCIÓN

Entre los ejercicios de piedad con los que los fieles veneran la pasión del Señor, hay pocos que sean tan estimados como el Vía Crucis. Éste ha sido desde hace siglos un momento privilegiado de la tradicional religiosidad del Pueblo de Dios, que ha visto el inmenso amor de Dios Padre llevado hasta el extremo en el sacrificio redentor del Hijo por amor a todos los hombres. Ejercicio especialmente estimado por todos los fieles creyentes, pero de una manera singular por las personas mayores. Momento de oración meditativa que guiada por la Palabra de Dios y a través de las tradicionales estaciones, nos lleva a contemplar el último tramo del camino recorrido por Jesús durante su vida terrena, pleno de dolor y sufrimiento, desde su condena hasta su muerte en la cruz.

El *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia*, nos recuerda que en el Vía Crucis confluyen varias expresiones características de la espiritualidad cristiana: la concepción de la vida como camino o peregrinación; como paso, a través del misterio de la cruz, del exilio terreno a la patria celestial; así como el deseo de conformarse profundamente a la pasión de Cristo; o las exigencias del seguimiento de Cristo, por el que el discípulo debe caminar tras el Maestro llevando cada día su propia cruz. Por todo esto, el Vía Crucis es un ejercicio de piedad muy adecuado para el tiempo de Cuaresma y especialmente en la Semana Santa.

El Vía Crucis es también un excelente instrumento para ayudar a todos nuestros fieles –mayores y jóvenes; hijos, padres y abuelos– a que tomen conciencia de su pertenencia activa al pueblo de Dios y a la importancia de participar con alegría en la misión evangelizadora de la Iglesia.

Sugerimos que este santo ejercicio sea realizado de manera comunitaria en nuestras parroquias, en nuestras calles y plazas, en los viacrucis de nuestros pueblos, en las residencias de ancianos; así como de manera particular por cualquier fiel, y especialmente los ancianos y los enfermos en sus casas, que uniéndose a la cruz de Cristo, desean participar ofreciendo sus dolores y sufrimientos por la Iglesia.

MONICIÓN INICIAL

En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo.

R/. Amén.

El papa Francisco nos recuerda que Dios puso en la cruz de Jesús todo el peso de nuestros pecados, todos nuestros sufrimientos y angustias. Era una cruz pesada, como la noche de las personas abandonadas, pesada como la muerte de las personas queridas, pesada porque resume toda la fealdad del mal. Sin embargo, es también una cruz gloriosa como el alba de una larga noche, porque nos hace presente que el amor de Dios es más grande que nuestras iniquidades y nuestras traiciones. En la cruz vemos la monstruosidad del hombre, cuando se deja guiar por el mal; pero vemos también la inmensidad de la misericordia de Dios que no nos trata según nuestros pecados, sino según su bondadosa misericordia.

Ante la cruz de Jesús vemos, casi hasta tocar con las manos, la medida en la que somos amados eternamente; ante la cruz nos sentimos «hijos» y no «cosas» u «objetos», como afirmaba san Gregorio Nacianceno dirigiéndose a Cristo con esta oración: «*Si no existieras Tú, mi Cristo, me sentiría criatura acabada. He nacido y me siento desvanecer.*»

Como, duermo, descanso y camino, me enfermo y me curo. Me asaltan innumerables ansias y tormentos, gozo del sol y de cuanto fructifica la tierra. Después muero y la carne se convierte en polvo como la de los animales, que no tienen pecados. Pero yo, ¿qué tengo más que ellos? Nada sino Dios. Si no existieras Tú, oh Cristo mío, me sentiría criatura acabada. Oh Jesús nuestro, guíanos desde la cruz a la resurrección, y enséñanos que el mal no tendrá la última palabra, sino el amor, la misericordia y el perdón. Oh Cristo, ayúdanos a exclamar nuevamente: "Ayer estaba crucificado con Cristo, hoy soy glorificado con Él. Ayer estaba muerto con Él, hoy estoy vivo con Él. Ayer estaba sepultado con Él, hoy he resucitado con Él"».

Por último, todos juntos, recordemos a los enfermos, a los ancianos, recordemos a todas las personas abandonadas bajo el peso de la cruz, a fin de que encuentren en la prueba de la cruz la fuerza de la esperanza, de la resurrección y del amor de Dios.

(Cf.: Vía Crucis en el Coliseo, 18 de abril de 2014)

ACTO DE CONTRICIÓN

*¡Señor mío, Jesucristo!
Dios y Hombre verdadero,
Creador, Padre y Redentor mío;
por ser Vos quien sois, Bondad infinita,
y porque os amo sobre todas las cosas,
me pesa de todo corazón haberos ofendido;
también me pesa porque podéis castigarme
con las penas del infierno.
Ayudado de vuestra divina gracia,
propongo firmemente nunca más pecar,
confesarme y cumplir la penitencia
que me fuere impuesta.*

Amén.

PRIMERA ESTACIÓN

Jesús es condenado a muerte

El dedo acusador

V/. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/. Porque por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Mateo (26,59-60.63-66)

Los sumos sacerdotes y el Sanedrín en pleno buscaban un falso testimonio contra Jesús para condenarlo a muerte y no lo encontraban, a pesar de los muchos falsos testigos que comparecían. El sumo sacerdote se puso en pie y le dijo: «Te conjuro por el Dios vivo a que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios». Jesús le respondió: «Tú lo has dicho. Más aún, yo os digo: desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Poder y que viene sobre las nubes del cielo». Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras diciendo: «Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué decidís?». Y ellos contestaron: «Es reo de muerte».

Meditación

Señor, tú que sufriste una sentencia injusta, que viviste la deshonra de ser acusado con calumnias y mentiras, y que experimentaste el dolor de la afrenta cuando el dedo acusador se levantó contra ti, perdónanos también a nosotros pecadores cuando caemos en esa misma tentación. Tú que pasaste por el mundo curando a los enfermos y bendiciendo a los que sufren, eres condenado a muerte por la maledicencia y las acusaciones fáciles, por las murmuraciones y los falsos juicios. No permitas, Señor Jesús, que nosotros caigamos en ese mismo pecado que tanto sufrimiento y dolor produce en los inocentes, sino al contrario, que sepamos tener una conciencia recta y noble,

predispuesta siempre a pensar bien del prójimo y a bendecirlo, y que tengamos el valor de luchar a favor de los débiles y escarnecidos, defendiendo siempre lo bueno y lo justo. ¡Ayúdanos a buscar siempre la verdad y el bien, estando siempre de parte de los débiles y perseguidos, como Tú lo fuiste!

Padre nuestro

Canto (CLN 115)

*Perdónanos nuestras culpas.
Señor, pedimos perdón.
Así también al hermano
le damos nuestro perdón.*

*Dijiste, Señor, que nuestro Padre
perdona nuestras deudas con amor,
si damos nosotros al hermano
la mano otorgándole el perdón.*

SEGUNDA ESTACIÓN

Jesús con la cruz a cuestas

Nuestra cruz de cada día

V/. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/. Porque por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Marcos (8,34-36)

Jesús, llamando a la gente y a sus discípulos les dijo: «El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará. Pues, ¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?».

Meditación

Señor, tú nos dijiste que para seguirte era necesario negarse a sí mismo, cargando con nuestra cruz de cada día, como pueden ser nuestros sufrimientos y debilidades. Muchos de nosotros estamos ya cansados de cargar con el peso de la enfermedad o de la ancianidad, del dolor o de la desesperanza. Socórrenos a todos nosotros en nuestro desvalimiento y ayúdanos a aceptar con humildad nuestra realidad humana, ya que muchas veces nos rebelamos contra nuestra situación, vencidos por el miedo o el temor, ante el mañana, ante el sufrimiento, ante la muerte. Ayúdanos, Señor, a poner nuestra vida en tus manos, a confiar siempre en ti, que continuamente nos estás animando y consolando. Y también a renunciar a que seamos permanentemente el centro de atención de nosotros mismos y de los que nos rodean. ¡Ayúdanos, Señor, a llevar con mansedumbre nuestra cruz de cada día!

Padre nuestro

Canto (CLN 103)

*Ved la cruz de la Salvación
donde Dios nos dio la vida;
precio de la redención
de la humanidad caída.
cruz de Cristo Vencedor,
te adoramos, sálvanos.*

TERCERA ESTACIÓN

Jesús cae por primera vez

Caer y levantarse

V/. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/. Porque por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del libro del profeta Isaías (53,4-7)

Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino, y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca como cordero llevado al matadero.

Meditación

Señor, tú que te has humillado voluntariamente para rescatarnos de nuestros pecados y debilidades, sabes bien de aguantar sufrimientos y humillaciones. Tú también caíste bajo el peso del dolor y el cansancio, lleno de amargura por la inmensa ingratitud humana. Pero te levantaste. Una vez más, eres el verdadero maestro de la vida y nos enseñas a reconocer con humildad nuestras debilidades, a no desanimarnos por nuestros fallos y caídas, reconociendo con sencillez nuestras limitaciones. Señor Jesús, tú también nos ayudas a aceptar las debilidades y caídas de los demás, a no indignarnos con quien ha caído, ni a ser indiferentes con quienes caen. ¡Ayúdanos a levantarnos cada vez que caigamos y a levantar a nuestros hermanos cuando se quedan sin fuerzas!

Padre nuestro

Canto (CLN 107)

Sí, me levantaré.

Volveré junto a mi padre.

*A ti, Señor, elevo mi alma,
Tú eres mi Dios y mi Salvador.*

Sí, me levantaré.

Volveré junto a mi padre.

CUARTA ESTACIÓN

Jesús se encuentra con su Madre

María, Madre del amor hermoso

V/. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/. Porque por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Lucas (2,34-35.51)

Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: «Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma». Su madre conservaba todo esto en su corazón.

Meditación

Señor, tu madre María siempre estuvo a tu lado pero especialmente en el momento más difícil, en la hora del dolor y del sufrimiento: al pie de la cruz. Ella te acompañó toda tu vida, cuidándote con gran ternura y cariño cuando aún eras un niño, siguiéndote en tu vida pública como la mujer llena de afecto y siempre atenta para que nunca falte el vino de la alegría en nuestras vidas. Pero también es la madre del corazón abierto por la espada, que comprende todas las penas. Como madre de todos, es signo de esperanza para todos los hombres. Ella es la misionera que se acerca a nosotros para acompañarnos por la vida, abriendo los corazones a la fe con su amor materno. Como nuestra verdadera madre, ella camina con nosotros, se alegra y sufre con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios. ¡María, madre nuestra, llénanos de tu consuelo y ampáranos ahora y en la hora de nuestra muerte!

Padre nuestro

Canto (MD 398)

*Mientras recorres la vida,
tú nunca solo estás,
contigo por el camino
Santa María va.*

*¡Ven con nosotros al caminar,
Santa María, ven!*

*¡Ven con nosotros al caminar,
Santa María, ven!*

QUINTA ESTACIÓN

El Cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz

La mano amorosa que levanta

V/. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/. Porque por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Marcos (15,21)

Pasaba uno que volvía del campo, Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo, y le obligaron a llevar la cruz de Jesús.

Meditación

Señor, tú nos llamas a compartir nuestra vida con el prójimo ayudándole a llevar su cruz, como lo hizo el Cireneo. Hay tantos hermanos nuestros que sufren la falta de trabajo, de casa, de un sueldo o pensión dignos. Para demasiadas familias, la jubilación de los mayores se ha convertido en el pan de cada día de los jóvenes que no encuentran trabajo: ¡gracias al amor de los abuelos comen los nietos! Tanto hambre hay en el mundo, tanta necesidad llega a nuestras Cáritas, que toda ayuda material es poca. Sólo con el corazón abierto al amor divino, nos vemos impulsados a buscar la felicidad de los demás ofreciéndoles también nuestro tiempo y nuestro afecto: una noche en el hospital, una lágrima enjugada en familia, una caricia a un enfermo..., dándolo todo gratis sin esperar nada a cambio. ¡Ayúdanos, Señor, a levantar con nuestra mano amorosa la cruz de tantos hermanos nuestros que sufren!

Padre nuestro

Canto

*Un mandamiento nuevo
nos dio el Señor:
que nos amáramos todos
como Él nos amó.*

*La señal de los cristianos
es amarse como hermanos.*

SEXTA ESTACIÓN

La Verónica enjuga el rostro de Jesús

La ternura que alivia en el sufrimiento

V/. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/. Porque por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del libro del profeta Isaías (53,2-3)

No tenía figura ni belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado por los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros; despreciado y desestimado.

Meditación

Señor, tú también tuviste necesidad de sentirte consolado y aliviado en tu sufrimiento. Con gran amor quiso acercarse a ti la Verónica y las caricias de esta buena mujer se empaparon de tu sangre preciosa, llenando de ternura la amargura del dolor. Reconozcamos el rostro de Jesús en cada hombre que espera nuestro consuelo, nuestra ternura, entrando en el gemido de dolor y del sufrimiento de tantos hermanos nuestros que están sumidos en la enfermedad, en la ancianidad, en la dependencia... ¡A cuántos podríamos llevar el bálsamo de una visita, una palabra de afecto, una mano que se enternece al coger la mano de un enfermo, la de Cristo enfermo! El mismo Cristo nos espera en la persona de cada necesitado para que le llevemos nuestro amor, nuestro afecto, nuestra compañía. ¡Vayamos presurosos a aliviar a Cristo que sufre y que espera en su dolor nuestro amor y nuestra ternura!

Padre nuestro

Canto (CLN 102)

*Oh rostro ensangrentado de Cristo, el Señor.
Cabeza circundada de afrenta y de dolor.
Contritos contemplamos tu pena y tu aflicción.
Acoge nuestro llanto, oh Cristo Salvador.*

SÉPTIMA ESTACIÓN

Jesús cae por segunda vez

La angustia de la soledad y el desprecio

V/. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/. Porque por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del libro de los Salmos (69,17-22)

Respóndeme, Señor, por tu bondad y tu amor; por tu gran compasión, vuélvete hacia mí; no escondas tu rostro a tu siervo: respóndeme pronto, porque estoy en peligro. Acércate a mí, rescátame, líbrame de mis enemigos. Estás viendo mi afrenta, mi vergüenza y mi deshonra; todos mis enemigos están ante ti. La afrenta me destroza el corazón y desfallezco. Espero compasión, y no la hay; consoladores, y no los encuentro. En mi comida me echaron hiel, para mi sed me dieron vinagre.

Meditación

Señor, en ti se cumplen las antiguas profecías del Siervo humillado y obediente, que carga sobre sus hombros toda nuestra historia de dolor, sufrimiento y soledad. Y así, te desplomas por la fatiga y la opresión, rodeado, circundado por la violencia, ya sin fuerzas. Cada vez más solo, cada vez más en la oscuridad. Como sufren esta misma y amarga experiencia nuestros hermanos que por múltiples motivos viven la indiferencia o el menosprecio de la sociedad. En todo hermano nuestro que vive en la soledad, sin afecto, sin alguien que lo comprenda y lo quiera, junto a cada hombre que padece, siempre estás tú: Cristo que sufres en la soledad o el aislamiento, en el desprecio o el ultraje, esperando nuestra compasión y consuelo. ¡Ayúdanos a socorrerte en cada hermano nuestro sumido en el pozo del silencio, llevando el amor de Dios a los que más solos se encuentran!

Padre nuestro

Canto (CLN 154)

*Pueblo mío, qué te he hecho
en qué te he ofendido, respóndeme,
Pueblo mío, qué te he hecho
en qué te he ofendido, respóndeme.*

*Te saqué de Egipto y por cuarenta
años te guíé en el desierto,
tú hiciste una cruz para tú Salvador.*

*Pueblo mío, qué te he hecho
en qué te he ofendido, respóndeme,
Pueblo mío, qué te he hecho
en qué te he ofendido, respóndeme.*

OCTAVA ESTACIÓN

Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén

Lloremos por no fiarnos de Jesús

V/. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/. Porque por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Lucas (23,28-31)

Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que vienen días en los que dirán: "bienaventuradas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado". Entonces empezarán a decirles a los montes: "Caed sobre nosotros", y a las colinas: "Cubridnos"; porque, si esto hacen al leño verde, ¿qué harán con el seco?».

Meditación

Señor, en tu camino de dolor se te llegan unas buenas mujeres, dispuestas a compartir tu dolor, llenas de valor, que no se dejan intimidar por tus enemigos ni escandalizar por tus llagas, como hace el amigo o el hermano cuando se da cuenta de las dificultades del ser querido. Tú, buen Jesús te impresionas por su llanto amargo, y les exhortas a no desgastar el corazón en verte tan maltratado, a no ser mujeres que lloran, sino creyentes. No más lamentos, sino deseos de renacer, de mirar hacia adelante, de proceder con fe y esperanza hacia esa aurora de luz que surgirá aún más cegadora sobre la cabeza de quienes caminan con los ojos puestos en Dios. ¡Lloremos por nosotros mismos si aún no nos fiamos de ese Jesús que quiere perdonar nuestros pecados y hacernos participar de su resurrección gloriosa!

Padre nuestro

Canto (CLN 524)

*Levanto mis ojos a los montes:
¿de dónde me vendrá el auxilio?
El auxilio me viene del Señor,
que hizo el cielo y la tierra.
El auxilio me viene del Señor,
que hizo el cielo y la tierra.
El auxilio me viene del Señor,
que hizo el cielo y la tierra.*

NOVENA ESTACIÓN

Jesús cae por tercera vez

La esperanza en la prueba

V/. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/. Porque por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según san Mateo (11,28-30)

Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera.

Meditación

Señor, muchas veces también pasamos nosotros por momentos de gran sufrimiento: una y otra vez vienen sobre nosotros la enfermedad, la angustia, las crisis; y en nuestros momentos de oscuridad podemos llegar a decir «¡Ya no puedo más!». Es éste también el grito de los enfermos graves o terminales, de los moribundos, de los perseguidos, de los abrumados por el yugo opresor... Pero en ti, Señor, que te tambaleas y caes –¡porque ya no puedes más!–, y luego te levantas, vemos también la fuerza de Dios que nos levanta cuando caemos, y experimentamos que en la aflicción siempre estás con nosotros consolándonos. En ti sentimos la certeza de una esperanza que, alimentada por la oración intensa, nace precisamente durante la angustia de la prueba, pero no después de la prueba ni sin la prueba. ¡Señor, ayúdanos a levantarnos victoriosos de nuestras pruebas, caídas y sufrimientos por la fuerza de tu amor!

Padre nuestro

Canto (CLN 519)

*Alma mía, recobra tu calma,
que el Señor fue bueno contigo.
Alma mía, recobra tu calma,
que el Señor escucha tu voz.*

*Amo al Señor porque escucha
mi voz suplicante,
porque inclina su oído hacia mí
el día que lo invoco.*

*Alma mía, recobra tu calma,
que el Señor fue bueno contigo.
Alma mía, recobra tu calma,
que el Señor escucha tu voz.*

DÉCIMA ESTACIÓN

Jesús es despojado de sus vestiduras

El vestido de la ternura

V/. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/. Porque por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Juan (19,23-24)

Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costuras, tejida toda de una pieza de arriba abajo Y se dijeron: «No la rasguemos, sino echémosla a suertes, a ver a quién le toca». Así se cumplió la Escritura: «Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica».

Meditación

Señor, muchas veces nos viene la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de tus llagas, que se vuelven a abrir en cada hombre que sufre, olvidando que todo ser humano es objeto de la ternura infinita del Señor y que Él mismo habita en nuestro interior. Más allá de toda apariencia, cada uno es inmensamente sagrado y merece nuestro cariño y nuestra entrega. Por eso deseas que toquemos la miseria humana, que acariciemos la carne desnuda y sufriente de los demás, ¡tu carne! Esperas que renunciemos a buscar nuestras seguridades personales o sociales que nos permiten mantenernos a distancia del sufrimiento humano, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos, así, la fuerza de la ternura, de tu ternura. ¡Cuando lo hacemos, la vida siempre se nos complica maravillosamente y vivimos la intensa experiencia de ser instrumentos de la ternura divina!

Padre nuestro

Canto (CLN 104)

*Perdona a tu pueblo, Señor,
perdona a tu pueblo, perdónale, Señor.*

*Por las heridas de pies y manos,
por los azotes tan inhumanos,
perdónale, Señor.*

*Perdona a tu pueblo, Señor,
perdona a tu pueblo, perdónale, Señor.*

UNDÉCIMA ESTACIÓN

Jesús clavado en la cruz

En el lecho de los enfermos

V/. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/. Porque por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Lucas (23,33-34)

Y cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús, decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

Meditación

Señor, tú fuiste clavado en la cruz como hoy muchos hermanos nuestros están también clavados en el lecho de dolor, en los hospitales, en las residencias de ancianos, en nuestros hogares. Es el tiempo de la prueba, de días amargos, de soledad e incluso de desesperación, en el que resuena tu grito en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Señor, que nuestra mano nunca sea para clavar, sino siempre para consolar y acompañar a los enfermos, levantándolos de su postración. La enfermedad no pide permiso, llega siempre de improviso y pone a dura prueba la esperanza. Su hiel es amarga. Pero si tenemos junto a nosotros a alguien cercano que nos escucha, nos da la mano, se sienta en nuestro lecho..., entonces la enfermedad puede convertirse en una gran escuela de sabiduría, en el encuentro con el Dios paciente, y la noche del dolor se abre a la luz pascual de Cristo crucificado y resucitado. ¡Ayúdanos, Señor, a llevar tu ternura a nuestros hermanos cuando yacen en el lecho del dolor!

Padre nuestro

Canto (CLN 106)

*¡Victoria! ¡Tú reinarás!
¡Oh cruz, tú nos salvarás!*

*El Verbo en ti clavado
muriendo nos rescató,
de ti, madero santo
nos viene la redención.*

*¡Victoria! ¡Tú reinarás!
¡Oh cruz, tú nos salvarás!*

DUODÉCIMA ESTACIÓN

Jesús muere en la cruz

La misericordia de Dios

V/. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/. Porque por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Mateo (27,45-50.54)

Desde el mediodía hasta la media tarde vinieron tinieblas sobre toda aquella región. A media tarde Jesús gritó: «Elí, Elí lamá sabaktaní», es decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Jesús, dio otro grito fuerte y exhaló el espíritu. El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba dijeron aterrorizados: «Realmente éste era Hijo de Dios».

Meditación

Señor, en tu pasión llegas a la muerte en cruz. La soledad, la difamación y el dolor no son todavía el culmen de tu anonadamiento. Para ser en todo solidario con nosotros, experimentas también el misterioso abandono del Padre. Sin embargo, en el silencio de Dios oras y confías: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu». Suspendido en el patíbulo, además del escarnio, afrontas la última tentación: la provocación a bajar de la cruz, a vencer el mal con la fuerza, y a mostrar el rostro de un Dios potente e invencible. Pero tú, Jesús, en el momento supremo, revelas el rostro auténtico de Dios, que es amor, perdón y misericordia. Perdonas a tus verdugos y prometes el paraíso al ladrón arrepentido. Si el misterio del mal es abismal, infinita es la realidad del Amor que lo ha atravesado, llegando hasta el sepulcro y los infiernos, asumiendo todo nuestro dolor para redimirlo, llevando luz donde hay tinieblas, vida donde hay muerte, amor donde hay odio. ¡Señor, llénanos de tu vida y de tu amor!

Padre nuestro

Canto (CLN 117)

*Dios es fiel: guarda siempre su Alianza;
libra al pueblo de toda esclavitud.
Su Palabra resuena en los profetas,
reclamando el bien y la virtud.
Y Jesús nos dará en el Calvario
su lección: "Hágase tu voluntad".
Y su sangre, vertida por nosotros,
será el precio de nuestra libertad.*

DECIMOTERCERA ESTACIÓN

Jesús es bajado de la cruz y entregado a su Madre

María, Madre Dolorosa

V/. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/. Porque por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Mateo (27,55-59)

Había allí muchas mujeres que miraban desde lejos, aquellas que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirlo; entre ellas, María la Magdalena y María, la madre de Santiago y José, y la madre de los hijos de Zebedeo. Al anochecer, llegó un hombre rico de Arimatea, llamado José, que era también discípulo de Jesús. Éste acudió a Pilato a pedirle el cuerpo de Jesús. Y Pilato mandó que se lo entregaran. José, tomando el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia.

Meditación

Señor, al pie de la cruz eres entregado finalmente a María, tu Madre, con su corazón atravesado por la espada del dolor. La muerte no impide el último beso de la Madre a su Hijo. La muerte no puede destruir el amor, porque el amor es más fuerte que la muerte. En la hora de las tinieblas, sangre y lágrimas se unen. Como en la vida de nuestras familias, atribuladas a veces por pérdidas imprevistas y dolorosas, que crean un vacío insalvable, sobre todo cuando muere un niño o un familiar querido. Piedad es hacernos cercanos de los hermanos en duelo y que sufren el dolor de la separación. Caridad muy grande es cuidar amorosamente a quien está sufriendo en el cuerpo llagado, en la mente enferma, en el ánimo desesperado. Amar hasta el final es la suprema enseñanza que nos han dejado Jesús y María. ¡Ayúdanos, Señor, a amar hasta el final llevando tu supremo consuelo que nosotros recibimos en el abrazo fiel entre el Hijo muerto y su Madre Dolorosa!

Padre nuestro

Canto (CLN 316)

*Estrella y camino, prodigio de amor,
de tu mano, Madre, hallamos a Dios.
Tú nos lo diste en Belén, en pobre portal,
en tu regazo le ven el rey y el zagal.
Tú nos lo diste en la cruz, altar de dolor,
muerto en tus brazos está un Dios Redentor.*

DECIMOCUARTA ESTACIÓN

Jesús es puesto en el sepulcro

Esperando la resurrección

V/. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/. Porque por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Lucas (23,50-56)

Había un hombre, llamado José, que era miembro del Sanedrín, hombre bueno y justo; era natural de Arimatea y aguardaba el Reino de Dios. Este acudió a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Después de bajarlo de la cruz, lo envolvió en una sábana y lo colocó en un sepulcro excavado en la roca, donde nadie había sido puesto todavía. Era el día de la Preparación y estaba para empezar el sábado. Las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea lo siguieron, y vieron el sepulcro y cómo había sido colocado su cuerpo. Al regresar prepararon aromas y mirra. Y el sábado descansaron de acuerdo con el precepto.

Meditación

Señor, el supremo momento de la muerte lo vivimos a la luz de la resurrección de Jesucristo, que nos ha abierto el camino de la certeza en la vida futura. Tú nos invita a afrontar y preparar la muerte como un paso doloroso e ineludible, pero lleno de sentido: como el acto de amor extremo hacia las personas que dejamos y hacia ti, nuestro Padre, a cuyo encuentro nos dirigimos. Los últimos momentos con nuestros hermanos que nos han dejado, nos hacen vivir la experiencia de la oración llena de esperanza por el alma de nuestros difuntos y como una ocasión para ofrecer consuelo a cuantos sufren por la ausencia de la persona amada. Cristo ha vencido sobre la muerte y su resurrección nos abre las puertas de la vida eterna y feliz. El mal no tiene la última palabra, sino el amor, la misericordia y el perdón. Oh Cristo, ayúdanos a confesar en la fe

y en la esperanza: ¡Ayer estaba crucificado con Cristo, hoy soy glorificado con Él. Ayer estaba muerto con Él, hoy estoy vivo con Él. Ayer estaba sepultado con Él, hoy he resucitado con Él!

Padre nuestro

Canto (CLN 151)

*Ubi caritas est vera,
Deus ibi est.*

*Congregávit nos in unum Christi amor.
Exsultémus et in ipso iucundémur:
Timeámus et amémus Deum vivum.
Et ex corde diligámus nos sincéro.*

*Ubi caritas est vera,
Deus ibi est.*

ORACIÓN FINAL

Stabat Mater

*La Madre piadosa parada
junto a la cruz y lloraba
mientras el Hijo pendía.
Cuya alma, triste y llorosa,
traspasada y dolorosa,
fiero cuchillo tenía.*

*¡Oh, cuán triste y cuán aflicta
se vio la Madre bendita,
de tantos tormentos llena!
Cuando triste contemplaba
y dolorosa miraba
del Hijo amado la pena.*

*Y ¿cuál hombre no llorara,
si a la Madre contemplara
de Cristo, en tanto dolor?
Y ¿quién no se entristeciera,
Madre piadosa, si os viera
sujeta a tanto rigor?*

*Por los pecados del mundo,
vio a Jesús en tan profundo
tormento la dulce Madre.
Vio morir al Hijo amado,
que rindió desamparado
el espíritu a su Padre.*

*¡Oh dulce fuente de amor!,
hazme sentir tu dolor
para que llore contigo.
Y que, por mi Cristo amado,
mi corazón abrasado
más viva en él que conmigo.*

*Y, porque a amarle me anime,
en mi corazón imprime
las llagas que tuvo en sí.
Y de tu Hijo, Señora,
divide conmigo ahora
las que padeció por mí.*

*Hazme contigo llorar
y de veras lastimar
de sus penas mientras vivo.
Porque acompañar deseo
en la cruz, donde le veo,
tu corazón compasivo.*

*¡Virgen de vírgenes santas!,
llore ya con ansias tantas,
que el llanto dulce me sea.
Porque su pasión y muerte
tenga en mi alma, de suerte
que siempre sus penas vea.*

*Haz que su cruz me enamore
y que en ella viva y more
de mi fe y amor indicio.
Porque me inflame y encienda,
y contigo me defienda
en el día del juicio.*

*Haz que me ampare la muerte
de Cristo, cuando en tan fuerte
trance vida y alma estén.
Porque, cuando quede en calma
el cuerpo, vaya mi alma
a su eterna gloria.*

Amén.